

Nélida Piñon y la memoria del cuerpo

Marifé Santiago Bolaños

En el discurso de recepción del Premio «Juan Rulfo», Nélida Piñon, la primera mujer que lo recibe señala que «la memoria de la mujer está en la Biblia. Aunque ella no haya sido la interlocutora de Dios». Y que «esta memoria también se encuentra en los libros que la mujer no escribió»¹. De aquí que la escritora brasileña, atlántica y universal, considere que narra «con el placer de servir a la literatura con memoria y cuerpo de mujer»².

Quisiera recorrer el tejido de esas palabras emanadas de la condición de ser mujer, es decir, «la otra cara de Homero, la otra cara de Shakespeare, la otra cara de Cervantes»³. Centraré este breve paseo en las líneas simbólicas compartidas más destacadas de los relatos que como *El calor de las cosas y otros cuentos*, han sido editados por Fondo de Cultura Económica (2005), anunciando que lo que ahora comentaré con ustedes forma parte de un estudio amplio y ya bastante avanzado sobre el gesto en la escritura, como «lenguaje» de lo que llamo «pensar con el cuerpo», investigación en la que la obra de Nélida Piñon tiene un lugar destacado.

Esa «otra cara» de los autores a los que se refiere nuestra autora, y que configuran una parte importante de la memoria de los

¹ Piñon, Nélida: «*El presumible corazón de América*», discurso del Premio «Juan Rulfo» 1995, en *El calor de las cosas y otros cuentos*, Madrid, Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 15.

² Idem: p. 16.

³ Idem: p. 15.

logros de la humanidad, procede, en palabras de Nélica Piñon, de la usurpación de los narradores que, convertidos en únicos intérpretes de la memoria bíblica, de esa memoria «del libro», ignoraron, o acaso les cupo desconocerlo, «la materia poética depositada en el corazón femenino»⁴, un corazón que guarda lo que de búsqueda y hallazgo posee la vida humana. En palabras de Nélica Piñon:

*En algún lugar de la mujer, y sólo ahí, se alojaron, para siempre, las espinas de las interminables peregrinaciones humanas por la tierra, sin las cuales ninguna obra de arte hubiera podido ser escrita*⁵.

Pero la «otra cara» desestima la línea recta. Entonces la mujer narra. La narración es un viaje. Mas no un viaje cualquiera: no el viaje del conquistador; tampoco el del diletante. El viaje de la escritura se señala con las espinas que el arte florece; llamémoslo «catarsis». Y, desde la condición de mujer es, en la obra de Nélica Piñon, tanto la Sherezade que sobrevive como el Simbad que intuye: una invitación a compartir la vida, a modificarla, a degustar con placer la intuición alojada, como una promesa, en el cuerpo escribiente de quien recorre, por tradición y por voluntad, el Campo de Estrellas, la Compostela del renacimiento en la atlántica Galicia del peregrinar imaginado que inventó Europa, y que en tal invención continuó el sueño iniciado en la Grecia de los dioses humanizados y del pensamiento que torna el sometimiento a lo divino en libertad de lo humanamente sagrado. Abrazado a la América de los mitos, de las aguas y de la dionisiaca naturaleza que hace acólitos de Dionysos a sus criaturas.

Es la palabra de Nélica Piñon una palabra que confiesa; es decir, que comparte actualizándola la memoria de su propia corporeidad, cuya infinita contingencia propicia el crecimiento de la grandeza cotidiana hasta hacerla volar, como es, desde su punto de vista, el esfuerzo constante de este ángel caído que es el escritor.

Dice María Zambrano en *La confesión: género literario*:

⁴ Ibidem.

⁵ Ibidem.

La confesión parte del tiempo que se tiene y, mientras dura, habla desde él y, sin embargo, va en busca de otro. La confesión parece ser una acción que se ejecuta no ya en el tiempo, sino con el tiempo, es una acción sobre el tiempo, más no virtualmente, sino en la realidad⁶.

La escritura de Nélida Piñon también se realiza «con el tiempo» y, hablando desde ese presente, lo trasciende adaptándolo a las sugerente metáfora de la ruina: búsqueda de una ilusión que, como el cuerpo siempre en transformación, acompasa su cambio al propio cambio de la historia engendrada desde la voluntad, y también desde aquello otro que llega o está sin que la voluntad pueda intervenir. Por eso, la contemplación estética de una ruina, su fuerza alegórica, estriba en «confesar» la secreta realidad de la Belleza, como establece en tal género literario María Zambrano, y como se vale de su «método» Nélida Piñon. Al hacerlo, se manifiesta el carácter desenraizado y proteico de la firme y paradójica naturaleza humana, cuya longitud existencial configura un tejido trazado con el recorrido vital de todos los otros, sin que la proximidad o la lejanía impongan su despótica ley, pues la condición peregrina expresa el antes y el después que el instante escrito concede a cada ínfima partícula de vida visible o de vida soñada.

Así, la mujer, el hombre, el vegetal, el animal o el mineral laten y respiran en la narración, regalando un saber físico demoledor de clasificaciones jerárquicas y eruditas que pretendan arrogarse el derecho de una praxis unidireccional. Y aportan otro saber: el del cuerpo. El saber del gozo y del dolor; un saber, por cierto, mucho más compartible por todas las personas que las ideas y las acciones que de tales ideas se derivan. Cuando se piensa «con el cuerpo» la lógica mágica se incorpora al propio hecho de pensar.

María Zambrano escribe en *El hombre y lo divino*:

De toda ruina emana algo divino, algo divino que brota de la misma entraña de la vida humana; algo que nace del propio vivir humano cuando se despliega en toda su plenitud sin que haya venido a posarse como regalo concedido de lo alto; algo

⁶ Zambrano, María: *La confesión: género literario*, Madrid, Mondadori, 1988, p. 17.

*ganado por haber apurado la esperanza en su extremo límite y soportado su fracaso y aun su muerte: el algo que queda del todo que pasa*⁷.

He escuchado decir a Nélida Piñon que hay que escribir porque la historia se evapora como el perfume o como el almíbar. En tal responsabilidad estriba, nos parece, tanto la capacidad humana de generar Belleza, de hacer de la vida una obra de arte, como la «necesidad corpórea» en la que nace tal posibilidad. Por ello, el concepto y la experiencia se imbrican en nuestra autora mostrando la inteligencia del amor, en su doble acepción terrestre y urania.

Hay en su obra, como en la del Cervantes quijotesco, según su propia lectura, compasión, caridad y antiautoritarismo, la obligación del escritor en general, americano en particular, dice Nélida Piñon, de combinar el arte literario con la apología de la conciencia. Y hay, además, esa suerte de amorosa ascensión que recoge la bella imagen beguina de una madre levantando en brazos al niño, que, en Nélida Piñon, es además, de mujer y feminista como modo de estar en el mundo. En una reciente reflexión de Amelia Valcárcel sobre el Feminismo leemos:

*El feminismo es lo mejor que le ha pasado a la democracia. [...] Amplía sin descanso la ciudadanía. Urge a tomarse en serio la igualdad humana, el respeto y los derechos. Abroga prácticas seculares de discriminación. Y compromete de un modo tan pegado a la piel, que lleva el debate moral a las casas, los cuartos, las relaciones más cercanas*⁸.

La lengua maternal, acogedora, de mujer que narra porque es su naturaleza dar cobijo –deshumillar todas las cosas, dice Zambrano que es la tarea del arte–, recrea, en Nélida Piñon, la «lengua feliz» de las escritoras beguinas. La dimensión que aporta una escritura cuyo misterio estaba en la falta del mismo, y cuya religiosidad estaba en hacer gozosamente alado el saber del cuer-

⁷ Zambrano, María: *El hombre y lo divino*, Madrid, Siruela, 1991, p. 237.

⁸ Valcárcel, Amelia: «Bachelet presidente», en *Nombres propios*, Fundación Carolina, 2006, p. 76.